



## “LA PANTALLA ES MUY FRÍA, EL ARTE TIENE QUE SER POÉTICO”

El artista digital Solimán López estrena la primera exposición ‘new media’ del Instituto Cervantes, con una relectura del ‘Quijote’ y los retos eólicos en los campos de Castilla

Por **Vanessa Graell**

Hasta aquel lugar de la Mancha de cuyo nombre Cervantes no quería acordarse viajó Solimán López (Burgos, 1981) para atrapar el viento. Suena quijotesco pero es real: el artista *succionó* el viento de los campos de Castilla con un compresor para traerlo al Instituto Cervantes de Madrid. Ese viento pondrá en movimiento un molino-escultura-eólica que es la pieza central de *Aeolia*, la primera exposición de arte digital que estrena el ciclo Paisajes Intangibles.

Partiendo del *Quijote* y la famosa escena del capítulo VIII en la que el hidalgo se enfrenta a los molinos de viento que confunde con gigantes, Solimán López ha construido una compleja instalación que va más allá de lo literario para cuestionar los límites de la Inteligencia Artificial (IA) y adentrarse en los retos de la energía eólica.

«La pantalla es muy fría, un lugar un tanto inhóspito. Pero el arte tiene que ser poético. Un cuadro siempre ha sido venerado como la expresión del artista. Pero la tecnología no se identifica todavía como arte, la vemos como un servicio, no como un espacio poético», explica López, uno de los más destacados artistas digitales de nuestro país, el primero en vender una obra NFT en ARCO 2021, el fundador del pionero Hard Disk Museum y del laboratorio de Innovación en la Escuela Superior de Arte y Tecnología de Valencia. «Las noticias de ventas millonarias de NFT y la especulación en torno al ecosistema digital han generado mucha confusión. Ha habido mucho oportunismo y han proliferado obras de un efecto *wow* que no perdura», añade.

A López le fascina la tecnología desde niño. «Cuando veía el fax pensaba que era algo mágico: tú ponías un papel en un sitio y aparecía en otro lugar... ¡Traspasaba el tiempo y el espacio!», recuerda con una sonrisa. Pero cuando estudió Historia del Arte, la teoría prácticamente acababa en los *ismos* y las vanguardias históricas. «Mi inquietud era el pensar ¿cómo se puede generar Historia del Arte hoy? ¿Con qué nuevas herramientas se escribe?», plantea.

Sus inicios en el ámbito digital son prácticamente artesanales. Incluso lleva tatuado en su antebrazo una secuencia en rojo de líneas y puntos: código morse, una innovación del siglo XIX. Aunque hizo sus pinitos como artista plástico, con cuadros que incluían cables, su primer gran proyecto –aún en curso– fue el Hard Disk Museum: un museo digital dentro de un disco duro, al que el público accede con gafas de realidad virtual. Hoy suena normal, a dos *clicks* se pueden encontrar museos virtuales en el metaverso, pero en 2013 la idea causaba sorpresa. «Siempre me ha interesado cómo se archiva y se preserva lo digital», admite. Al final de la década daría el salto a la biotecnología gracias a las investigaciones de ADN del laboratorio del MIT.

«La tecnología actual permite almacenar una cantidad enorme de datos digitales en una molécula de ADN que se puede imprimir en 3D», explica. Entonces empezó a desarrollar los más proyectos de bioarte, estrechamente relacionados con la naturaleza y la ciencia, de la preservación de la selva amazónica a cómo acabar con la basura espacial. Literalmente, ha viajado a los confines del

▲ *El artista Solimán López en los campos de Castilla-La Mancha, en el documental de su proyecto ‘Aeolia’, que parte de ‘El Quijote’.*

planeta: ha llegado al glaciar de Svalbard del Ártico, se ha adentrado en la selva colombiana y ha subido al volcán Chimborazo, cuya cima alcanza los 6.263 metros.

«El mundo tecnológico es muy autoreferencial. Hay que salir de la burbuja para no convertirte en un tecnócrata», admite. Aunque encarna la hipermodernidad tecnológica, su obra no podría ser más humanista, poética y filosófica. Empezó noviembre presentando *Manifiesto Terrícola* en Chile y lo terminará con *El Quijote*. Porque *Aeolia* es un cruce de caminos donde confluyen varias de sus investigaciones.

Además de un documental y una escultura digital con un mapa en 3D de todos los aerogeneradores de Castilla-La Mancha, López propone una relectura contemporánea del *Quijote* con versiones reescritas por una IA entrenada para que el libro sea más inclusivo, pacifista, feminista, *queer*... No se lleven las manos a la cabeza. «Quijote sólo hay uno», reivindica el artista. Y la comisaria Roberta Bosco, especialista en *new media*, matiza: «Esta iniciativa no debe verse como un gesto de fe en la creatividad de las máquinas, sino como un acto filosófico y crítico que cuestiona el papel del autor, el lenguaje y el lugar del ser humano en el mundo simbólico, en este inicio de siglo». Esas reescrituras precisamente demuestran las limitaciones de la IA y la controversia que genera en la autoría: ¿quién quiere leer un libro de 800 páginas escrito por un algoritmo? ■

▲ **AEOLIA. SOLIMÁN LÓPEZ**  
**INSTITUTO CERVANTES**  
**DE MADRID**  
Comisaria: Roberta Bosco.  
Del 27/11/25 al 08/03/26.

▶ *Juan Uslé, en el Museo Reina Sofía, ante una de sus piezas.*

## “MI PINTURA ESTÁ MUY CONTAMINADA DE MEMORIA”

El pintor Juan Uslé despliega la más ambiciosa de sus exposiciones antológicas en el Museo Reina Sofía, donde reúne más de cuatro décadas de oficio en el arte

Por **Antonio Lucas**. Fotografía de **Alberto Di Lolli**

L a primera vez fue en el convento de las monjas de la Orden Trinitaria de Suesa, junto a la ribera del río Cubas. Juan Uslé tenía cinco o seis años y al introducir la cabeza por el tornó donde las beatas despachaban se fijó en el retrato de la madre abadesa, una pintura dominada por el color negro donde los ojos destacaban. Unos ojos duros. Unos ojos acechantes. Hasta entonces, aquel arrapiezo de monte desconocía lo que era la pintura, su fuerza, su posibilidad, su infinito, su terror, su alegría. Salió desbocado a la calle, regresó a la casa que había junto al convento, del que los padres eran guardeses, y no pudo quitarse ya más esa mirada de encima. Han pasado casi 70 años y Juan Uslé pinta aún sintiendo un poco aquellas pupilas quietas.

La memoria es su arsenal. La memoria de lo vivido y de lo sospechado. Trabaja entre dos tierras, el taller de Saro (Cantabria), en el centro de un bosque; y el de Nueva York, en el centro del ruido. La obra de Uslé tiene una condición circular. Una pieza conecta con otra por extraños vasos comunicantes, así que pase medio siglo. Los primeros tanteos encuentran su razón en la obra última. Aquel muchacho asombrado por el naufragio del carguero *Elorrio* frente a las costas de Langre el 21 de diciembre de 1960 es hoy un tipo al que le encuentras aún un rastro de infancia y juventud obsesiva.

Los primeros cuadros de la antológica que despliega en el Museo Reina Sofía del 26 de noviembre al próximo 26 de abril, en tonos duros, en penumbras matéricas, con la escena del barco aquel convertido en eco o en presencia fantasmal sobre el monte, tiene su correspondencia íntima con las telas más recientes de la espléndida serie *Soñé que revelabas*. Y así ocurre con todo. «Estoy convencido de que en la memoria de la infancia es donde nos cimentamos», dice mientras recorre una de las salas para supervisar la instalación de las piezas que dan forma a *Ese barco en la montaña*, el título desconcertante y burlón de esta aventura. Más de cuatro décadas de oficio en el arte sintetizadas en un centenar de piezas de distintos formatos, explorando

■ **“Al ver parte de mi obra reunida intento dejar la nostalgia atrás. No quiero ser hoy el Juan Uslé de ayer”**



tantas series, tantas familias de telas en las que ha trabajado. «Mi niñez y mi experiencia de los primeros años me ha empapado mucho. La pobreza de mi familia, los años asalvajados, trepar a los árboles, el recuerdo del viento azotando... Hay en mi pintura un trance de aquellos».

Braceó en la juventud sin demasiada compañía para alcanzar sitio propio en el perverso y sinuoso territorio del arte. Juan Uslé es un pintor que cree en la pintura. En el calambre de pintar. En Valencia pasó algunos años de estudio en la Escuela de Bellas Artes, conoció a su compañera, la artista Victoria Civera, y se ganó la vida pintando fallas por las noches. Allí tuvo su primer taller. «Mi pintura está muy contaminada de memoria, de presente, de azar», comenta. El azar, bien lo sabe, tiene un orden estricto. Juan Uslé y Victoria Civera decidieron marchar a Nueva York en 1987. «No hablaba inglés, no conocía la ciudad, no tenía ni idea de qué iba buscando, pero nos marchamos. Y allí el primer cuadro que pinté tenía de nuevo el motivo del barco sobre la loma. Esa insistencia era un refugio, un cobijo, un espacio donde sentirme seguro... Tardé algo de tiempo en vaciarme de lo que yo era para dejar paso a quien estaba por llegar en mí». No es un abracadabra, sino una explicación pertinente y de la que ahora ves, con la exposición desplegada, que Juan Uslé no ha dejado de ser él buscando maneras de escapar de sí mismo.

«Ahora que tengo delante tanta obra mía y de tan distintas épocas me doy cuenta de que intento dejar la nostalgia atrás. No quiero ser hoy el Juan Uslé de ayer, pero todo en mí está vinculado». Tiene claro el camino. Y lo recorre con esa claridad del que sólo encuentra razón, verdad y sentido en la duda. Ha pasado por el expresionismo casi irremediable de los años 80, pasó

■ **ESE BARCO EN LA MONTAÑA**  
**MUSEO REINA SOFÍA**  
Del 25 de noviembre al 26 de abril.

después a una abstracción más sosegada (de veta lírica) y a las combinaciones propias de forma y color. En los 90 fue reclutado para la Documenta de Kassel y ahí comenzó otra travesía... «Porque para mí la pintura es travesía, viaje, expedición. Igual que lo es el poema. Lo mismo que sucede en la música», explica. Entonces quería salirse de sí mismo. «Me gustaba que no se me reconociese. Que un cuadro y otro pareciesen de artistas distintos».

El recorrido por la exposición da cuenta de que uno de los empeños de Uslé es el de no dejarse encasillar. Si le preguntas: «Pero Juan, ¿quién eres?». Contesta: «El niño que soy». Las últimas salas del recorrido por la *senda de Ese barco en la montaña* dan cuenta de un pintor sabio y complejo que está en el penúltimo recodo de una madurez de colores más brillantes, de ritmo sinuoso, de geometrías que evocan fugacidades, de veladuras que convierten la superficie en un rumor líquido, allí donde la luz se hace agua. «En la serie de *Soñé que revelabas*, que me acompaña desde hace 20 años, me di cuenta de que pintaba siguiendo la constante del flujo de la sangre, del bombeo del corazón».

– ¿Ahora trabajas con más certezas?  
– Trabajo con el mismo vértigo. No con miedo, pero sí con sobresalto. Necesito zambullirme en la pintura y robarle a la vida más vida. ■